

ocasión de *Doña Bárbara*— y casi todos han anotado ya la observación, muy atinada, de que mi tendencia predominante es la de personificar en las figuras de mis novelas —que así vienen a componer símbolos— las formas intelectuales o morales de mis inquietudes ante los problemas de la realidad venezolana dentro de la cual me haya movido.

Es cierto. No soy un simple creador de casos humanos, puramente, que tanto puedan producirse en mi tierra como en cualquiera otra de las que componen la redondez del mundo, sino que apunto hacia lo genérico característico que como venezolano me duela o me complazca. O sea: no soy un artista puro, que observa, combina y construye, por pura y simple necesidad creadora, para añadirle a la realidad una forma más que pueda ser objeto de contemplación. Hermosa es *La Gioconda* y su sonrisa inquietante, pero ella es principio y fin de sí misma y nada nos dice de su tiempo, aparte la estupenda noticia que perennemente está dando del admirable genio de Leonardo da Vinci. Yo, bien guardadas las distancias, no he compuesto a *Doña Bárbara*, por ejemplo, sino que a través de ella se mire un dramático aspecto de la Venezuela en que me ha tocado vivir y para que de alguna manera su tremenda figura contribuya a que nos quitemos del alma lo que de ella tengamos. Pero debo advertir que en la gestación de mis obras no parto de la concepción del símbolo —como si dijéramos, en el aire— para desembocar en la imaginación del personaje que pueda realizarlo; sino que el impulso creador me viene siempre del hallazgo del personaje ya significativo, dentro de la realidad circundante. Porque para que algo sea simbólico de alguna forma de existencia, tiene que existir en sí mismo, no dentro de lo puramente individual y por consiguiente accidental, sino en comunicación directa, en consustanciación con el medio vital que lo produce y lo rodea. Símbolos que sólo se alimentan de conceptos e imaginaciones del autor, en muñecos paran desde que intentan echar a andar.

Pero empecemos por Adelaida. Por la dulce Adelaida Salcedo de *La Trepadora*.

¿Será necesario que yo insista mucho para que se entienda, después de lo que ya se me ha oído, dónde fue que me ocurrió el hallazgo de ella? Con tiernos recuerdos de la infancia le compuse la silenciosa dulzura. Y ya está dicho que es mi criatura predilecta.

Pero Adelaida fue el tipo de mujer de fina clase espiritual en quien se complacieron las modalidades sociales de una época de mi país. De nuestros países, mejor dicho, entre ellos especialmente esta Cuba vues-

tra y nuestra, de la estrella solitaria, bajo la cual han encontrado doloridos corazones venezolanos iluminado sosiego. Tiempo cuando, por múltiples razones ya bien conocidas, no se entendía mujer bien educada –aparte lo moral, esencialmente unido a lo religioso– sino como figura de adorno de casa adentro y salón de encuentros. Adelaida tocaba al piano agradables músicas y tejía o bordaba delicadas urdimbres de hilo y sed como las más diestras arañas; pero sí alguna vez la sorprendía el padre con un libro en las manos, ya se le estaba acercando, con el ceño fruncido, para la celosa inquisición:

— ¿Qué lees?

Porque era la niña de los ojos paternos, el bien pulido espejo de las delicadezas de la vida que dentro de la casa de buena educación debían reflejarse. Que no pinturas despreocupadas de la realidad, ni aun reflexiones a propósito de ella, desvanecedoras del encanto de mundo hecho para almas castas y puras.

Adelaida tejía frente al patio, con algo de jardín en todas las viejas mansiones, hacia cuyos jazmineros en flor pudiese alzar los ojos, de cuando en cuando, para comprobar si las delicadezas que estaban saliéndole del garfio de la aguja copiaban la perfección y la blancura con que se engalanaban los arbustos. Por las tardes y por las noches –hasta el toque de ánimas, no más, en el templo de la parroquia– se asomaba a la ventana, junto con la madre, desde luego, a adornarles la calle a los mozos paseantes de sus ganas de amores y sí los padres le descubrían inclinación a alguno de ellos ya se les desvanecería la inquietud en cuanto no más supiesen que era hijo de Manuel, el que casó con Rosa, de familias conocidas. Lo demás, lo personal del pretendiente –carácter, actitud ante la vida, cosas de poca monta– ya se encargaría de descubrirlo Adelaida. Pero a ella, si le gustaba el mozo, nada más le importaría tampoco, pues no la habían educado sino para ir al matrimonio enamorada. Casta y pura, pero rendida, de modo que le fuere fácil, si se equivocaba en la elección o mala suerte le sobreviniera, quedar resignada después, para toda la vida. Adelaida era un encanto que languidecía dulcemente en el hogar venezolano, de clase media y buenas costumbres, sin arma alguna para defenderse en la vida. La presa del hombre hasta en el mejor de los casos.

Pero Venezuela no era un viejo país, con estratos sociales perfectamente definidos y asentados donde a cada cual le correspondiese, conforme a lo preestablecido y prejuzgado, sino una hechura reciente de convulsiones de guerras –la de la Independencia, la de la Federación,

sobre todo— y un empuje violento de pueblo venía de abajo abriéndose paso. Veleidades también del señorito blanco, hijo del blanco señor de casa y hacienda, habían contribuido, además, al mestizaje reclamado por la voluntad de pervivencia del país y de uno de aquellos pasatiempos del niño Jaime, allá en Cantarrana, por tiempos de cosecha de café —buena moza la Guanipa, color de tinaja morena y labios de cun-deamor— había surgido aquel ánimo voluntarioso que se descargaba en el grito de:

— ¡Jipa!

Hilario Guanipa, que ya había visto su presa en la dulce Adelaida Salcedo.

Para explicar, con cierta o dudosa razón, de dónde les venía el patronímico, ya pudieron vivir los Salcedos recitando aquello de heráldicas:

Panelas y salces son
estas armas sine dubio,
del claro Conde Don Rubio
nieto del Rey de León.

Pero ya no había Salcedos varones, ni en Adelaida, adorno de una familia sin fuerza económica sustentadora de permanente posición elevada, residía sino renuncia a toda defensa, voluntad abolida. Capacidad de enamoramiento sí y tan rendido que no habría magnitud de resignación en que no pudiera convertirse, si en la intimidad de la vida conyugal el simpático Hilario sacaba carácter insufrible u otras cosas peores.

Y resultó lo que tenía que resultar: Victoria Guanipa.

Y digo así porque soy optimista, porque creo en la eficacia de las hechuras de la vida, que todas pueden ser buenas si bien se las dirige. Victoria, producto de fuerza y de ternura, con voluntad de pelea para cuando fuere necesario darla, pero con disposición a sacrificio en las oportunidades de alma serena y confiada, no era un triunfo de los Guanipas trepadores y violentos, ni tampoco de los Salcedos de casa vieja y leyenda mobiliaria, más o menos auténtica, sino de la imperecedera bondad acompañada de alegría.

No se me malogró, pues, tristemente, mi dulce Adelaida entre las manos garrudas de Hilario Guanipa, sino que, antes bien, éstas, de tanto oprimir y exprimir aquella ternura, olvidaron aspereza y aprendieron suavidad. No puede malograrse lo que bien asentado esté; de lo

fino y lo delicado, en el corazón venezolano, porque en los momentos transitorios de las prisas con que los pueblos quieren abrirse sus caminos, parezcan vacilar los fundamentos de la obra espiritual. Yo no he querido hacer en *La Trepadora* un planteamiento de lucha de clases sociales, con partido tomado, sino una pintura de formación de pueblos, que puede realizarse con alegría si se procura con bondad.

Pero ya viene por ahí Doña Bárbara, ceñuda, sombría. Trae crímenes auestas, dícese que anda asistida de poderes infernales y ya tiene entre ceja y ceja el mal propósito de devorar a Santos Luzardo, que acaba de saltar del bongo a tierra de Altamira.

¿Qué de dónde saqué esta monstruosa criatura, que no es hombre, que no parece mujer, que debería ser abominable y sin embargo interesa y seduce? Voy a explicarles cuándo, dónde y cómo me la tropecé.

Fue un Domingo de Ramos de hace veintidós años, a la caída de la tarde, hora singularmente hermosa en la llanura venezolana, a orillas del Apure donde está asentada San Fernando —mal asentada, por cierto, porque todos los años, durante las crecidas, el río la amenaza— y fue en torno a una mesa donde se me obsequiaban bienvenidas.

Yo visitaba los Llanos por primera vez, para documentarme con notas de paisaje y costumbres para un par de capítulos de una novela que tenía en preparación y de la cual desistí desde entonces. Estaba en la tertulia un señor Rodríguez, afable y acogedor y muy amante de sus cosas llaneras. No tenía por qué saber que yo iba en busca de datos para novela y sólo por presentarme su tierra bajo todos sus aspectos, como es de gente hospitalaria, después de haberme preguntado qué impresión me había producido el paisaje, me echó el cuento de lo que había ocurrido al propietario de uno de los mejores hatos llaneros, cuyo nombre omitiré por las exigencias del secreto profesional.

— Un doctor de la Universidad de Caracas —díjome Rodríguez— abogado de los buenos, si es que los hay, que vino a ponerse al frente del hato de su familia, donde las deudas crecían más que las rentas y por obra de la falta de ojo de amo mirando la sabana, casi todo el ganado ya se había vuelto cimarrón. Se pegó a trabajar como Dios manda que lo haga el buen llanero, desde la primera punta de la mañana, clareando el alta, hasta la última de la tarde, donde se acuesta el sol y a vuelta de poco tiempo se habían acabado las cimarroneras, daban leche abundante las vacas, crecían bien los becerros y en las vaquerías era mucho y del buen peso el ganado de aquel hierro que por todo aquello se recogía.